

LAS PEQUEÑAS ACCIONES DIVERGENTES...

(RESPUESTA A MANFRED KERKHOFF)

Por LUDWIG SCHAJOWICZ

A la pregunta: “¿Por qué no bautizar a mi hijo, contra mis convicciones, si con este bautismo salvo ‘la paz del alma’ de mi madre?”, a esa pregunta puede darse una sola contestación: por vergüenza. Ahora bien, si actuar con vergüenza se considera aquí como terrorismo, entonces reclamo mi derecho a identificarme con esta actitud tachada de “inhumana”. (Curioso resulta notar, de paso, que se adjudique el epíteto de “inhumano” no al que obra guiado por un instinto sino precisamente al que antepone su juicio a sus impulsos, negándose a confirmar, con su razón, lo que la sinrazón le propone). Dudo, por otra parte, que una madre quiera conservar la paz de su alma a costa de la de su hijo, condenándolo al infierno en el que la imposición de su cielo lo precipitaría. Pero admitiendo que me equivocara al creerlo así, cabría preguntarse hasta dónde tiene derecho la paz del alma de una madre a perturbar la de su propio hijo, o hasta qué punto no está él sirviéndose de ella, escudándose inconscientemente tras ella para justificar ante sí mismo y ante los demás su incoherencia. Pues ciertas expresiones como “la paz del alma de mi madre” parece que tuvieran la mágica virtud de cerrar con broche de oro cualquier discusión: contra eso nadie que no sea un descasado sin sentimientos querrá argumentar. En efecto, ¿quién se atreverá a echar en cara a otro su proceder, sabiendo los “nobles” motivos que lo guían? ¿Quién va a pretender que el otro se decida por sus convicciones, estando de por medio la tranquilidad de su madre? ...

Con esta palabra *tabú* parece poner punto final el Dr. Kerkhoff al dilema surgido en torno al existir y al filosofar de Federico Nietzsche. Pero el amor filial, que ha surgido aquí como *deus ex machina* para zanjar esta cuestión, no tiene nada que ver con el asunto que realmente se debate. No es, en efecto, de la paz del alma de la madre de lo que se trata sino del conflicto entre las opiniones

y las acciones del hijo y solamente de él. Que las acciones del hijo respondan no a sus convicciones sino a la coacción maternal es, por desgracia, harto frecuente, pero no seriamente defendible. Pues quien se muestra tan sensible a las creencias ajenas y tan indiferente a las propias, quien se siente obligado a responder por aquéllas y no por las suyas, ¿cómo puede pretender que se le tome en serio cuando las exterioriza en un alarde de valentía meramente verbal?

Pero —apunta el Dr. Kerkhoff— ¿no es el “habitar filosóficamente” un juego también? Esta variante del “habitar poéticamente” de Hölderlin, injertada en este contexto, me parece un recurso poco afortunado, pues precisamente Hölderlin —y Nietzsche— consideraron sus respectivos juegos como algo en extremo serio, como algo que no admitía la connotación de irresponsabilidad que aquí, por lo visto, se le atribuye. El que juega lo hace seriamente desde el momento en que se somete a las reglas del juego que está jugando. Si las violara, ni se divertiría, ni estaría jugando de veras. Yo no confundo el doctrinarismo implícito en toda clase de principios morales con las reglas del juego a las que me someto voluntariamente, porque, sin ellas, no me es posible jugar. Los juegos a los que me refiero quizás puedan llegar a la “tragedia” (*sacer ludus*: juego sagrado) pero en ningún caso me impondrán un “heroísmo forzado”, ya que nadie me ha obligado a jugarlos y tampoco los juego para complacer a nadie: yo solo he decidido libremente el juego que he de jugar, pero puesto que ha sido así, lo menos que ha de esperarse de mí es que lo juegue bien, que lo juegue seriamente, sin engañarme a mí mismo.

No asumir el riesgo de las propias opiniones es hacer trampas en el juego, salirse de él cuando se está perdiendo, apostar y negarse después a pagar el envite. Claro que en la vida, como en cualquier juego de azar, no siempre se gana. ¿O es que se trata aquí de ganar a toda costa, aun trasgrediendo las reglas? ... Hacen “lo que hace todo el mundo”, esos *pecadillos veniales* para los que nunca faltan “justificaciones”, descalifican, no obstante, al que los comete para participar en el juego limpio de la vida. Es el *fair-play* y no el rigorismo kantiano lo que Nietzsche está defendiendo.

Hay en español un término que expresa la inautenticidad del existir al par que nos revela su estrecha relación con el tiempo: esta palabra es *contemporizar*. Con ella solemos indicar la actitud de aquel que se acomoda a la opinión imperante en su tiempo.

po y lo hace de tal manera que la eventual diferencia con su prójimo se convierte más o menos en identidad. Pero lo válido en un tiempo no lo es en otro: en un "tiempo" que, como el de Nietzsche, sólo puede ser vivido intempestivamente. Los que nos exigen—directa o indirectamente—que contemporicemos con ellos, parecen estimar sus opiniones más de lo que nos permiten estimar las nuestras; en todo caso, están demandándonos que hagamos lo que ellos, por su parte, no están en manera alguna dispuestos a hacer.

No creo que pueda respetarse la voluntad de aquel que trata de sobornar la nuestra, y Esteban Dedalus, el joven héroe "secreto" de James Joyce, al negarse a rezar con su madre moribunda, merecía su bendición y no su anatema. No faltará quien considere esta negativa suya como inhumana y monstruosa, signos fatídicos de un espíritu "terrorista" . . . , cuestión de enfoque de su "tiempo". Pero un terrorismo que se manifiesta así, sólo siembra el pánico en los que, en su fuero interno, se sienten culpables. Este terrorismo no hace víctimas *i n o c e n t e s*. Nietzsche no nos incita a inmolar a otros en aras de unos principios abstractos, convirtiéndonos en sacerdotes de un sangriento sacrificio; tan sólo nos exhorta—como ya lo hizo Sócrates y lo ejemplificó Diógenes— a ser fieles a nosotros mismos. Quien presta oídos para escuchar su "credo" de la *gaya scienza*, no permanecerá indiferente a estas palabras que deberían estar en la boca de todas las madres: "¡Sé un hombre y no me sigas! ¡Es a tí mismo a quien debes seguir, a tí mismo! . . . que un hombre avasallado es una vergüenza de la naturaleza y no aporta ningún consuelo, ni divino, ni terrestre . . ."

SOBRE LA FORZOSIDAD E IMPOSIBILIDAD DE SER JUDÍO

Por JEAN AMÉRY

No es raro que, cuando en una conversación, mi interlocutor me mete en un plural—o sea, tan pronto como en un contexto cualquiera rodea a mi persona diciéndome: "nosotros, los judíos . . ."—sienta yo una desazón, no precisamente torturante, pero sí profunda. Durante mucho tiempo he intentado sondear este penoso malestar psíquico, y no me ha sido fácil. ¿Es así que yo, el ex recluso de Auschwitz, a quien verdaderamente no ha faltado ocasión de reconocer lo que es—lo que tiene que ser—es concebible que yo siga sin querer ser judío, como hace decenios, cuando llevaba medias de *sport* blancas, pantalón de cuero hasta la rodilla e inspeccionaba intranquilo mi imagen en el espejo, a ver si me mostraba un jovencito alemán aceptable? Naturalmente que no. La locura de disfrazar lo que de todos modos es hereditario quedó atrás hace tiempo. Me parece bien que yo no fuera un jovencito alemán, ni sea un hombre alemán. Como quiera que me haya sentado la máscara, arrinconada está en el trastero. Si hoy sube en mí la desazón, tan pronto un judío me incluye con legítima naturalidad en su comunidad, no es porque yo no quiera ser judío: es sólo que no puedo serlo. Y sin embargo, lo tengo que ser. Y no sólo me someto a este tener que ser, sino que lo exijo expresamente como parte de mi persona. La forzosidad e imposibilidad de ser judío, eso es lo que causa mi sufrimiento impreciso. De esta forzosidad, de esta imposibilidad, de esta opresión, de esta incapacidad, es de lo que he